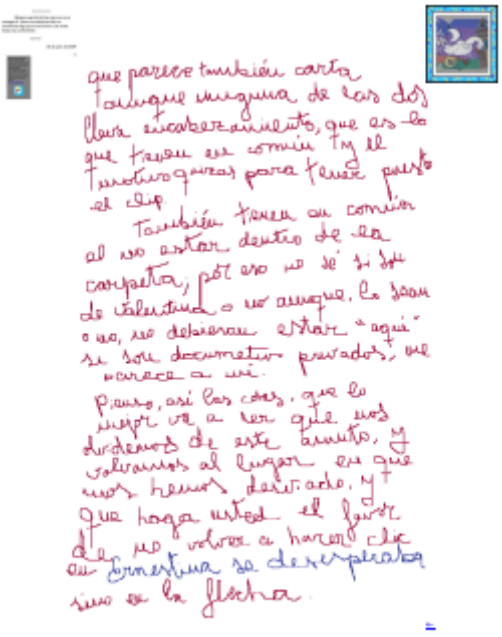
Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?



La respuesta no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo — o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes — más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos - eso sí - las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontraremos que son "similares", o - eso también - "parecidos/as", a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portadores/as tanto unos/as como otros/as — aparte de "de valores eternos", que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener sillas para tantos/as — de obviedades tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas, nosotros, por puro sentido común y del ahorro, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos…

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente! —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando… pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos…

Bueno, pues no sabemos, pero una partitura de El Pájaro de Fuego de Stravinski.

versión 9b

Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana… Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza…

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y en nuestro desordenado arganear derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía…

Así: sin esperarlo.

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar — con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un "mañana" distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más acatarrada de las Olmedo — que pero, bueno, eso es muy elástico…

– ¿Elástico? — Doña Begoña — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

–Como muchíssssimo— acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

– ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que oír! Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

versión 9b

Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender ea.

–Ea — doña Begoña —, no; Elisa.

– Pero ¿cómo — la Olmedo — que ea, no?

–Pues como que no, sencillamente.

–Mira, Begoña, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me molest… Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

–Ya. Si no — doña Begoña —: si algo sí. A lo que voy es a que…

–Lo que ella está queriendo decir — la Olmedo acatarrada también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser…

–Ah — la más acatarrada se calma; se calmó, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un cucurucho con la servilletita del té, con lentitud, para deshacerlo luego con mucha presteza, y posar la servilleta doblada en cuatro sobre la mesa, y darle una palmada seca antes de preguntar con voz gangosa —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que…

–Pues Hermenegildo.

– ¿A quién conoce Hermenegildo? — Inquisitiva, irreductible; dando la vuelta a la servilleta, que se queda ahora con las iniciales bordadas hacia abajo, y propinándole una nueva palmadit…

–A nadie, Cuca — la Olmedo acatarrada pero menos es, era, infinitamente más paciente. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Hermenegildo…

– ¿Y qué le pasó?

versión 9b

Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?

–Bueno — Begoña —, nos contaron que le dio algo a la cab…

–Ya – ya no da, dio, la Olmedo más vueltas a la servilleta y se contentó con ir presionando, con la uña, sobre cada uno de los picos de la puntilla —; pero quiero saber qué.

–Una apoplejía, o embolia o…

–Antes ¡Antes! — Y como muy impaciente contó todos los piquitos de la puntilla de un tirón.

–Pues que nunca fue niño.

Fue Elisa, la primera vez que abría la boca en toda la tarde, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender ea.

–Nos enteramos, cuando el apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás… ¡pero que nunca, eh!, había sido niño…

– ¡Caramba!

–O, al menos, no un niño como los demás…

Aunque hubo quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo… ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!... Encarece.

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Regina, la soprano…

–Mamá, en cambio, sí que había sido…

– ¿Quién?

– ¡Braulio, mamá, Braulio!

versión 9b

Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada porque, dice, Rosarito, ¿verdad?... entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos casi siempre.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo… pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Olmedo —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi…

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —, sino, además, tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Rigoberto Almendrales, ojito al parche o acordaros de cuando…

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente —, cada cual no ya sólo del cada "yo" que estuviera siendo entonces sino de todos los "yoes" de todos los demás componentes de aquella multitud heterogénea, abigarrada, que escuchaba absorta y boquiabierta o masticando el relato pormenorizado que aquella tarde le había tocado hacer a Encarnación la de los relojes de cómo mamá, con sus pies tan pequeños firmemente asentados sobre el duro suelo — pese a que Rosarito calzara en su día un treinta y nueve y se supiera, de buena tinta, además, y tuviese un carácter más bien desenfadado —, se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Eladio, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl "do dormitan" – decía, en palabras textuales – los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Isabel o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Honorina.

–No es ningún viejo baúl, Eladio — protestaba tratando de controlar su enfado —, es sencillamente un baúl muy viejo.

versión 9b

Transgresiones de la sensibilidad

¿Quiénes somos?

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con semejante aseveración y sin habérselo en su pronto tan irreflexivo propuesto, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Eladio lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino idóneo era el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina… "o palangana desconchada; mejor ― precisa, no doña Begoña sino la hermana ― para no disgustarla", del aguamanil que fuera antaño de la habitación de don Aniceto, que en lo «tocante a las mejillas de Honorina, ¡Eladio, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba siempre colorada como un tomate y, ella, «hasta las narices, Eladio, de tu jodida manía porque, vamos a ver, Eladio, ¿qué sentido tiene el querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia forzando al levantar de forma maquinal, involuntaria, los ojos al techo sin intención y sin percatarse de cómo nos complicaba la vida a todos con esa falta de dominio sobre sus impulsos, a que el tío Emiliano, tan comedido, se sintiera obligado a intervenir y mitigar la dureza de sus palabras con un «¡disminuida!» pronunciado con su proverbial dulzura y elevando, él también, los ojos al techo haciéndonos perder un tiempo precioso y, total, nada más para que ella respondiese con un seco "y qué diferencia hay con lo que yo he dicho, eh", está al cabo de la calle de que no fue?».

Y que no le destrozase los nervios «Eladio; y usted, tío, perdóneme pero ya sabe cómo soy» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba y sin discriminar miembros de la familia o invitados, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar...« ¿pues qué va a ser?, gachas de harina de almortas con panceta, como siempre», contestaba cuando le preguntábamos « ¿qué?».

–Porque mamá se comportaba con frecuencia ― cuentan, "¿verdad, Braulio?" … hablándole muy fuerte ― como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que jamás había cenado, para empezar, gachas de

versión 9b

harina de almortas, y para seguir, sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

Esta forma de proceder tan suya que debía ser calificada, por los más, de «enteramente irresponsable o ganas de tocar las narices» y tildada, por los menos, de «acto de profunda humildad digno de encomio» tenía en pura lógica que:

1 — O bien desencadenar las iras de los menos «porque, si además de ser pocos — dirían — nos toca la parte más difícil, ganaréis siempre vosotros». Y eso era injusto a todas luces.

Que parecía sensato.

2 — O, mejor incluso casi, hacer que los más montasen en cólera «porque, si además de ser muchos —argüirían — hemos de hacernos cargo de la parte más fácil, os ganaremos, sí; pero... ¿y qué; eh?». Y eso era una mierda de victoria a ojos vistas.

Que parecía igualmente defendible y razonable.

¿Qué había que hacer, ante una disyuntiva semejante?

Ella, sin embargo y tan pragmática, desentendida de calificativos y de tildes con una sencillez que dónde habría aprendido sin haber apenas ensayado, seguía, a su paso, sin pestañear ni apartarse de su camino un solo ápice y sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no mostró nunca interés — aunque ni doña Begoña ni la hermana lo mencionan — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Aniceto al que no era posible no acudir mentalmente al referirse a la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera maciza y oscura y cama con dosel, una hermosura de habitación, en suma, la mejor al parecer de la casa de aquel señor se decía que muy rico y de apellido extranjero que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía poquísimo de él, resultaba un terreno maravillosamente abonado para — si quien le echaba el ojo era persona práctica con alma de agricultor — plantar suposiciones que arraigaban sin sentir y «serán la envidia, ya lo veréis, de todos cuantos

versión 9b

hasta la fecha no han tenido agallas para aventurar ni la más pueril de las hipótesis», o un campo amplísimo, una extensa pradera en la que se podría — caso de que cayera en manos o en mientes de algún zángano o vago o desocupado u holgazán — dar rienda suelta a la birlocha de una imaginación multicolor y multiforme que se elevaría en el cielo azul grácil y airosa o, por poner otro ejemplo — como cosa excepcional, hay que decirlo, habida cuenta de que los segundos ejemplos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad aunque por supuesto al buen tuntún y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que andábamos peces, era otra cosa; entendiéndose por cosa "cosa", propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paragüero o, con mayor exactitud y dada su corpulencia, al enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín - éste sí recoleto y alfombrado - sobre un pedestal de lo mismo con leyenda en relieve, que nunca leímos nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan erosionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o tres.

–Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si Purificación no estaba o no quería esa tarde entrar por lo que fuese, podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar «de la familia, del entorno, quiero decir» que Purificación solía pasar por alto al objeto, aducía al ser amonestada, de no interferir en el ritmo al que debían sucederse los acontecimientos —, una especie de presencia de la que tan pronto íbamos alcanzando el uso de razón empezábamos a ser vaga, muy vagamente conscientes y a intuir que estaba en algún lugar...que no era el jardín, ¡Dios nos librase!, porque por alguna suerte de agorafobia o algo muy similar que lo aquejaba desde la infancia aborreció siempre los espacios abiertos, en general, y...debería decirse, «nuestro jardín, en particular», pero jamás se dijo porque por qué hacer algo tan incongruente, ¿eh?, ¿sólo por fastidiar?;

versión 9b

y por fastidiar era del todo impensable porque, a papá, literalmente, se le adoraba.

Sí, se le idolatraba; se le rendía culto y se le obsequiaba con ofrendas que eran depositadas con devoción a la puerta de lo que en un principio se llamase cuartillo del lavadero y luego se denominó sucesivamente y en función de las necesidades que el momento impusiera con nombres que iban, de boca en boca, desde "el oratorio de la abuela" con su reclinatorio de terciopelo rojo y sus hornacinas con mártires y vírgenes hasta "la sala de juntas", en la que se reunían el abuelo y sus amigos después de comer, para la partida, enfrascándose tanto aquí y allí en el juego y las salves que no se enteraban de qué se les estaba hablando y había que repetirlos — los nombres, sí; y hasta a veces también los caminos a los que con frecuencia se perdían en la casa tan grande — varias veces, gritando incluso procurando no hacer ruido y susurrando en aras de una paz y un bienestar domésticos que se verían muy alterados si llegaban a oídos de Quiteria nuestros ires y venires por el pasillo, a altas horas de la noche — que se despertaría sobresaltada y la emprendería con cualquiera de las peroratas que, a modo de letanías, recitaba siempre en el mismo orden y a voz en cuello — o, ya de día, a conocimiento de Fuensanta que habíamos estado hurgando en la basura.

Pero nadie imagine que nada más le llevábamos trozos mordisqueados de sándwiches mohosos o peladuras de patata y manzanas podridas. También elegíamos para él moscas muertas, cagarrutas fresquísimas y hasta, una vez, un trocito de gasa impregnado de pus del divieso que a uno de los chiquillos del tuerto, el de la chatarrería, le salió en el culo.

A él le hacían una ilusión tremenda estos presentes y, allí, en el cuartillo del lavadero elevado a la categoría de laboratorio a media voz o a berrido limpio, se pasaba las horas y los días y las semanas y los meses y los... Todo, en fin, cuanto quepa imaginar; la totalidad de su tiempo en resumen, estudiando, escrutando, analizando, ajeno al resto de un mundo que le era por completo extraño e ignoraba sin pasión ni encono, amablemente se podría decir incluso o esa era al menos la impresión que daba, o la que le daba en concreto a Fuensanta cuando al entrar cada mañana en el pequeño habitáculo provista de su fregona y su zotal le dedicaba él, papá, una sonrisa absorta y la invitaba a deleitarse con la contemplación de tal o cual nemoptérido; goce que Fuensanta solía rehusar

versión 9b

con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fámula de las de toda la vida, a cualquiera de la infinidad de criadas que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Genoveva rechazó bajo pretextos tan pueriles como que cuando papá dijese "nemoptérido" no iban a saber ellas adonde exactamente tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez, supuse — aunque esto quizá no lo sepan las Olmedo — de que volviera yo a tergiversar sus palabras sin quererlo, no dijo tanto sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo — y «esto es nada más el principio» de modo que no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando; así que se quedó ahí sentada, esperando un ratito corto primero y más largo a medida que iba cayendo la oscuridad y avanzando una noche que, por alguna razón incomprensible pero sin la menor duda de enorme peso, no terminaba de cerrarse del todo por más que los técnicos repasaron resortes, y desmontaron y volvieron a montar cerraduras, y sellaron orificios y grietas y antiquísimos conductos que, si estaban ahí, pues por algo sería, sí, pero que aspasen al que tuviese pajolera idea de cuantísimos lustros no haría que habían sido clausurados.

¿Había ocurrido algo semejante alguna vez?

Nadie sabía.

No se podía negar sin embargo que, a unos oídos más que a otros, habían ido llegando siempre con cuentagotas ciertos fragmentos de leyendas trasmitidas de generación en generación, como se deben trasmitir las leyendas, pero en un estado de conservación tan lamentable y relatados en lenguas tan diversas y por voces, a veces, gangosas y quebradas de abuelos venerables al amor de la lumbre de chimeneas de esas que presiden salones fastuosos con arañas, cuadros, tapices, porcelanas y alfombras turcas, persas o afganas y, otras, entre estornudos y moqueos de menesterosos al desamor de gélidos eriales, que — como sucedería a cualesquiera otras obras de arte que se precien de tales —, al verse sometidas a cambios tan bruscos de temperatura, humedad y traducción no

versión gb

siempre literal ni simultánea, no pudieron soportar el paso del tiempo y, bueno… ahí estaban, sí, pero a ver quién era el guapo que sabía recuperarlas, remozarlas, desempolvarlas, despojarlas de tantas capas de invención irreflexiva, incluso burda a ratos, como amenazaban con asfixiarlas y, desnudas, mostrarlas ante sus asombrados congéneres.

El guapo no podía ser otro, en opinión de lo más granado de la juventud femenina aún casadera e incluso de las solteronas más definitivamente perdidas para la causa — y con una ventaja que dejaba a Ovidio, pese a que también tenía su público porque como decía doña Loreto siempre habrá un roto para un descosido, a la altura del betún —, que el primo Diorante; pero el primo Diorante, tal vez por aquello de que no se puede tener todo, era un verdadero manazas.

Simpático, ocurrente, ingenioso; un dechado en fin de perfecciones en lo tocante al intelecto, pero, con sus manos de artista tan bonitas, un zarpas en toda la extensión de la palabra.

Así que aunque todo el mundo pensara en él, que se pensó, a nadie se le hubiera debido pasar por la cabeza proponerlo como adalid de una empresa tan… no digamos “imposible” caso de no querer pasar por pusilánimes de esos que se ahogan en un vaso de agua, sugirió Bernardina la del quinto — por buen nombre, también, para algunos, “la de Gargayo", un tal Estanislao — pero sí “un poquito complicada”.

Complicada porque algunas tardes, sin que hubiese habido el menor indicio de que las cosas fuesen a torcerse, los planes se desbarataban y Proserpina no decía ¡Caramba!, o no salía o lo hacía muy despacio y sin arrojar lejos de sí con enojo lo que tuviera en la mano, o no daba un portazo, o respondía a la del cuarto dos sin darse cuenta o pasaba, muy sonriente - diciendo “buenas tardes” y todo - por delante de la del tercero uno que, más servicial y dispuesta aun si cabe que la otra, no es ya que anduviera por las escaleras por si acaso sino que salía a sentarse al descansillo, con su silla plegable, y allí se pasaba las horas por si caía la breva de que fuese ella, ella tan insignificante, ella “¡yo, Señor, tan poquita cosa!” - exclamaba con los ojos humedecidos por la emoción - quien tuviese el insigne honor de ser la empujada; o no se encerraba en el despacho de don Aniceto o, tanto si don Ildefonso estaba solo como si se encontraba atendiendo a algún paciente, no se atrincheraba ella, Proserpina,

version 9b

en la despensa sino que se quedaba allí, muy erguida bajo la claraboya esperando a ver qué decidíamos.

Había entonces que renunciar al café o al refresco e incluso aguantarse sin ir al baño y enzarzarse todos en una acalorada discusión de la que, al cabo de mucho griterío y no pocas concesiones hechas de mala gana, saldríamos — medio enfadados los unos con los otros porque los que les tocaba ceder se sentían ninguneados pero, en eso no había elección, el acuerdo tenía que ser unánime — puestos en razón y diciéndole que no, que no hacía falta que se molestara en aportar documentación aunque pudiese, pero atentos a no decir ni pío ni soltar prenda en lo tocante al hecho de que habíamos sopesado, serenamente mientras nos peleábamos, los pros y los contras de exigir algo semejante y llegado a la conclusión de que el hacerlo sería en verdad sentar un precedente, abrir de forma simbólica una puerta a que cualquiera pudiese demandar de cualquier otro cualquiera otro cualquier tanto.

Y, eso, nadie en su sano juicio y ni aun Quiteria la pobre podía quererlo porque nos expondríamos a vernos atrapados no en un callejón sin salida — que ofrece siempre la de retroceder llevando a cuestas musitaba para sí Pepita la consabida tan amarga sensación de fracaso — sino empantanados y sin saber para dónde tirar, en el centro de una encrucijada muy parecida a aquella en la que ya nos vimos frente al bodegón la tarde en que Melinda, o Purificación, o ésta por boca de aquella o aquella en representación de esta, dijera aquello de pues se quita el puto cuadro y ya está y que adónde, adónde, vamos a ver, está estaría el problema.

Pepita insistía en mantener que lo ignoraba; en repetir hasta la saciedad que se devanaba los sesos entre clase y clase cavilando, y en el recreo, y mientras buscaba el abrelatas – con la cabeza siempre en otra parte en el cajón de las cucharas pero el maldito abrelatas no aparecía – sin encontrar una razón que esgrimir ante el impaciente hocico de Séneca para justificar el no estar dando con él cuando sabía por experiencia que estaría ahí, como siempre, delante mismo de sus narices; y en el cine los sábados por la tarde contemplando, desasosegada, cómo los leones hambrientos devoraban – salvo en el caso que se daba con frecuencia, y era un alivio, de que los hechos tuviesen lugar en Nueva York o en el Chicago de los

versión 9b

tiempos de la ley seca – cristianos tercos empecinados en no renegar de una fe que... Pepita no podía entender.

–Ah, ¿no? — la hermana.

Pero a la hermana, lo sabía también por experiencia, no se le podía hacer mucho caso porque tenía esa costumbre, desde siempre…

¿Cuál: la de entender la abnegación y el sacrificio; acaso?

Pero eso no le servía a Pepita ni siquiera para ser pensado; la conocía desde que tuvieran uso de razón y pintarla — bueno, digamos se dijo que pudiera estar siendo una metáfora porque Pepita reconocía sin el menor sonrojo su absoluta incapacidad para las artes plásticas — como la persona altruista, generosa, abnegada, sacrificada que… ¡anda, mira el abrelatas, so tonta, dónde estaba! no era…

– ¡Séneca!

¿Es que hoy todo, todo ser vivo y todo objeto inanimado, toda su poca o mucha destreza para desenvolverse en su propio mundo, su Creación, se iba a confabular para darle a ella esquinazo?

H-F BY HUMAN - FICTIONAL 2312256480177

Bueno, pues es verdad que usted tenía razón en algo; aquí no hay flechas que valgan. Y como a mí no me duelen prendas aunque de las rodillas sí estoy fatal que debe de ser de la artrosis si hay que dársela pues se le da y asunto resuelto.

Y ahora me voy a mis cosas que tengo una montonera de ropa que planchar.

Debe de haber un error en alguna parte. El archivo que me remite aquí dice que encontraré una flecha, pero no la hay.
Y de "la desesperación" de Ernestina tampoco hay nada.
Es mareante, toda esta historia.
Y, además, no sé para qué tantas versiones de una misma cosa.